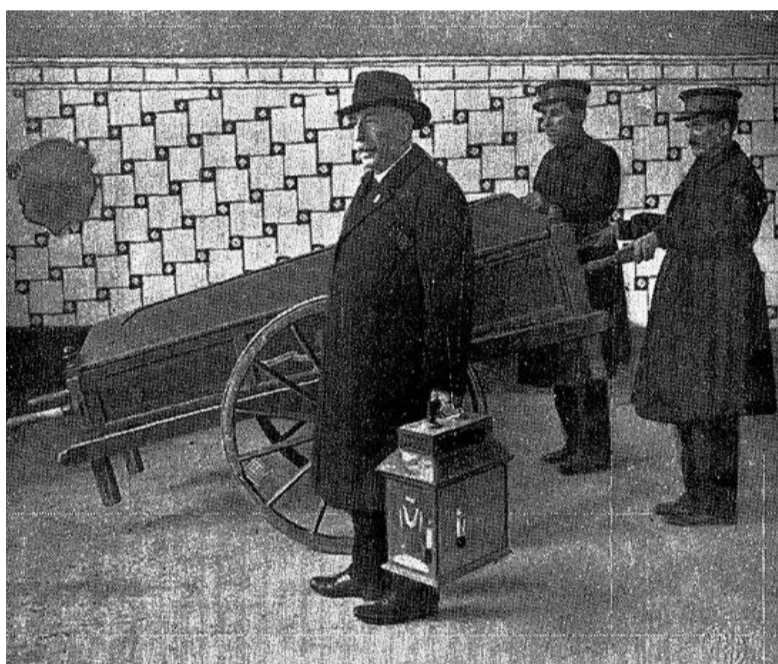


Miembros de una cofradía única del siglo XIII, seis generaciones de estos García-Belenguer de Zaragoza, siguen con devoción un singular oficio



LA FAMILIA QUE DESDE 1820 RECOGE LOS CUERPOS DEL DELITO

altruista: recoger los cadáveres que podrían ocultar un crimen... Con la pandemia han encontrado a gente “muerta en el pasillo, en la cocina... mucha soledad”. La heroína, la violencia de género y los suicidios marcan

las últimas décadas, dicen. Hacen cursos de criminología. Tiempo atrás, los cofrades llevaban la última cena a quienes iban a ser ajusticiados

POR
**Paco
Rego**

«La sensación de tocar aquella piel fría y pálida...». A Jesús no se le ha borrado su primer contacto con la muerte. La mujer sin vida yacía sentada en el rellano

de la escalera. Un infarto. «Lo que más me impresionó fue la serenidad que desprendía su rostro, la paz que rezumaba...». Jesús, con 18 años, acompañaba a su padre, José María, con el que se estaba iniciando en un oficio nacido, dice, de la devoción.

Y la recogida de aquella mujer, solitaria en la vida y en la muerte, era el bautizo del joven en una hermandad, la de la Sangre de Cristo, cuyas primeras referencias arrancan en el año 1280 y que hoy, 736 años más tarde, sigue haciéndose cargo de los cadáveres

desamparados en Zaragoza y alrededores. La única en España con este singular cometido. Lo único que varía es que ahora, en lugar de monjes, es gente corriente que acude con un furgón —antaoño los llamados «carros de sangre», carros de madera— pintado

con el estandarte de la hermandad (una cruz cristiana cubierta por una sábana santa) del que sale un *hermano receptor* y, en ocasiones, un joven aspirante, y se llevan el cadáver.

Su misión: darle una última compañía al recién fallecido en su tránsito al más

allá y reconfortar a los allegados. Ningún cofrade cobra un céntimo. Lo hacen por puro altruismo.

Desde aquel día del infarto en la escalera, el abogado Jesús María García-Belenguer, hoy con 54 años, nunca ha faltado a la llamada de la Policía tras

conocerse un crimen, un accidente de tráfico, un suicidio o una persona muerta abandonada. Son los cuerpos del delito (siempre interviene un juez en la investigación) a los que «no terminas nunca de acostumbrarte del todo», admite el hermano Jesús, que ha seguido fiel a un trabajo religioso único del que se ha empapado en la casa familiar desde que era joven.

«Al final terminas conociendo a tus vecinos a través de la muerte», se sinceró Jesús con un punto de amargura. «Los cuerpos que recogemos son fotos de una realidad durísima que la mayoría de las veces permanece oculta». La de ahora es un virus.

“NO SE DABA ABASTO”

«He visto muchos muertos que pasaron a otro lado en la más completa soledad». Y con la pandemia ha sido horrible, inenarrable». Le tocó guardia cuando el repunte, en la segunda semana octubre. «No se daba abasto», recuerda. «Encontramos cantidad de gente muerta en sus casas que por desgracia había fallecido sin ni siquiera poder mirarle a los ojos a alguien. Sola. En su cama, en el pasillo de su casa, en la cocina... Algún familiar, sorprendido, nos decía que habían estado hablando con su difunto dos o tres días antes. Era mentira. Llevaba muerto una semana o más... Abandonado por los suyos. Y así muchos».

Y eso que la hermandad, en su dilatada historia, arrastra un rosario de tragedias que ha dejado marcada a cada generación de cofrades. «En los años 80 y 90 rara era la semana que no recogíamos muertos por heroína. En los 2000 hemos visto mucha violencia de género». Luego, con la crisis de 2008, llegarían los suicidios. «Y en los últimos años he visto la mayor crudeza, personas sin vida abandonadas».

Cuenta el cofrade Jesús que en la noche Navidad es cuando más gente se muere sola. «He recogido a muchos. Ocurre siempre por esas fechas», dice. «Tienes que estar preparado para enfrentarte, a cualquier hora del día o de la noche, a la verdad más dura».

Jesús parece estar hecho de otra pasta. Lleva 30 años en la hermandad. Y ninguno de sus dos hijos ha querido seguido sus pa-

sos. A él, sin embargo, lo de recoger cadáveres —«Esto es vocacional»— le viene de familia. Una estirpe de letrados. Lo hicieron su tatarabuelo, su bisabuelo, su abuelo, su padre y cuatro hermanos, incluidos dos sobrinos —seis generaciones en total—, que llevaron a gala su pertenencia a la milenaria hermandad.

La saga arranca con el tatarabuelo Manuel García Mostolac allá por 1820, un hombre de leyes, abogado de reconocido prestigio en la ciudad. El bisabuelo, tam-

y acompañarlo». De hecho, Jesús es el último de una saga irreplicable, todos cofrades de la Sangre de Cristo, que desde 1820 recoge cadáveres en desamparo.

En sus comienzos, la hermandad incluso llevaba la última cena a los ajusticiados y, según recoge el catedrático de Historia de la Universidad de La Rioja José Luis Gómez Urdáñez en un libro, los cofrades «a veces se encargaban de desmembrar el cuerpo y colocar las partes en la zona del crimen» para recons-

te negra fue la más temida, mitificada y la que azotó sin piedad a Zaragoza el año 1564. Ese año se firmó una concordia entre la hermandad y la comunidad agustina en la que se describía el tipo de cofradía, costumbres espirituales, atenciones benéficas y la recogida de cadáveres.

La peste había dejado 10.000 a su paso por Zaragoza donde bien pudieran residir entre 25.000 y 30.000 personas. La ciudad era una inmensa morgue. La tercera parte se la había



bién letrado, fue cofrade, tradición que seguiría su abuelo, José María García Belenguer, juez y alcalde de Zaragoza que llegó a presidir la hermandad. Hasta llegar a su padre, José María, y cuatro hermanos.

«Mi padre, que me lo enseñó todo, jamás intentó convencernos de que entrásemos en la hermandad. En mi caso fui yo, siendo testigo de cómo actuaba en cada servicio y escuchando sus consejos, quien lo decidió. Y así, poco a poco, me fui empapando de esa manera de hacer cuando tienes que recoger un muerto

truir el escenario del delito.

Sumando guerras, pandemias y muertes naturales, la hermandad habría recogido alrededor de 400.000 cadáveres hasta nuestros días. Se cree que proviene de una comunidad de religiosos, de la Penitencia de Jesús, la cual se encontraba establecida en Zaragoza en el año 1200. Si bien la tradición dice que la recogida de muertos abandonados se realizaba desde el siglo XIII, ésta se convirtió en derecho en 1626. Desde entonces, incluso antes, no han parado.

La peste bubónica o pes-

llevado la peste. A ella se sumaban otras epidemias contagiosas como el tabardillo (como era conocido el tifus exantemático) o las fiebres tercianas (malaria o paludismo).

EL CÓLERA Y LA GRIPE ESPAÑOLA

Más adelante, en 1885, llegaría el cólera y, posteriormente, la devastadora gripe española de 1918, que dejaría alrededor de 4.000 muertes en la ciudad.

El año pasado, con la pandemia y al ver que la funerías no daban abasto, la hermandad amplió sus

La hermandad se remonta a tiempos de Jaime I el Conquistador. Desde el siglo XVI lleva unos 400.000 cadáveres recogidos en Zaragoza

“No todo el mundo puede hacer este trabajo”. Los cofrades, 47, son entrenados por médicos forenses y policías

servicios a los muertos por covid. «No todo el mundo puede hacer este trabajo, hay un periodo de prueba», explica Nacho Navarro, de 33 años, uno de los miembros más jóvenes, que entró en la hermandad por el familiar de un amigo. Si ven que la persona no está preparada no la dejan acceder al muerto.

No sólo es cosa de entrega y vocación. Cada dos años y medio los cofrades realizan cursos de criminología impartidos por forenses y policías. «Con el covid hemos tenido que aprender a manejar los cuerpos, a vestirnos con los trajes de protección...», admite Navarro. El cofrade más joven, que entró hace apenas tres meses, tiene 25 años; el mayor, 83.

Hay funcionarios, taxistas, médicos, estudiantes, comerciales, en total son 47 de un máximo de 50 miembros según marcan sus estatutos de la hermandad.

Con la pandemia los gastos se dispararon. Los trajes de protección pasaron de costar 1,80 a 49 euros. Y las cuotas que los 47 cofrades pagan al año (180 euros) no han sido suficientes para sufragar los más de 5.000 euros que la institución ha tenido que gastar sólo en material, a pesar de que el Ayuntamiento de Zaragoza se hace cargo de los gastos del único furgón para el traslado de los muertos y del sueldo de cuatro empleados de la hermandad.

550 MUERTOS CADA AÑO

Navarro escribió un tuit donde lo contó y la cofradía empezó a recibir donaciones en la cuenta bancaria que publica en la web www.sangredecristo.es. «No podemos con todos los gastos para recoger una media de 550 fallecidos al año, ponemos de nuestros bolsillos pero no llega... Necesitamos ayuda», lanza el joven, que asegura haber entrado «por devoción» en la cofradía.

Jesús vive pendiente del teléfono. Sabe que la muerte no tiene hora ni día. Y que de él —como de sus compañeros— depende que reciba sus últimos minutos en el este mundo con la mayor dignidad y respeto. Antes de despedirse, suelta una frase que le decía su padre, ya fallecido, y que él no olvida: «No tiene que saber nadie lo que haces bien. Esta es una labor callada».

UNA SAGA CON 6 GENERACIONES

De abajo arriba, el tatarabuelo, Manuel García Mostolac, iniciador de la saga en la hermandad; José María (bisabuelo); José M^a García Belenguer, juez y alcalde de Zaragoza. Su hijo José M^a con su hijo Ignacio (foto grande). Y cuatro sobrinos. Seis generaciones de cofrades.

ÁLBUM FAMILIAR